

## EL LEGADO DE GRECIA Y ROMA EN LA HISTORIA DE LA POESIA DE SEVILLA \*

Por JOAQUÍN CARO ROMERO

Dijo Cicerón que el agradecimiento es un deber. Y hoy, al presentarme ante ustedes, mi deber, mi gustoso primer deber, es el de la gratitud. Una gratitud que a lo largo del tiempo quisiera ir traduciendo en dignos frutos que estén en consonancia con el gran honor que han otorgado a mi modesta persona y obra.

Me resulta enormemente emotivo ocupar la vacante que durante treinta y cinco años ocupara el gran poeta sevillano Rafael Laffón, sin cuyo magisterio, mecenazgo y amistad acaso me hubiera extraviado por el bosque de la literatura. (A esto siempre está uno expuesto.) Permítanme confesar, a título anecdótico y humanísimo y, sobre todo, como prueba de la generosidad y el espíritu protector del maestro hacia los jóvenes, que este patricio de arpa y laurel llamado Rafael Laffón sufragó las ediciones de mis dos libros iniciales de versos. (Tenía yo diecinueve años cuando el primero vio la luz.) Y declaro conmovido, sin dejar vacía la jaula de la memoria, que cuando yo alcancé, recién cumplidos los veintiún años, el premio «Sánchez Bedoya» de esta Real Academia, cuatro o cinco de las diez décimas galardonadas las escribió el propio don Rafael y, por si fuera poco, mejoró la otra mitad del texto. Esto nadie lo sabe y es la primera vez que lo cuento. Y el padre don Francisco de la Hoz —censor por entonces de esta

---

\* Discurso de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, pronunciado el 18 de mayo de 1980.

Corporación— me brindó la sorpresa de imprimir a expensas suyas aquel poema, que se repartiría en el acto público de su lectura. Han transcurrido cerca de veinte años. Los lazos afectivos que me unían y me siguen uniendo a mi antecesor y a otros académicos muy queridos —ausentes y presentes— hoy se renuevan en una reviviscencia de sucesos y sucesiones.

Puede alinearse a Rafael Laffón entre los poetas sevillanos más importantes del siglo. Como otros miembros de la generación del 27 —en la que debe integrarse, pues a ella pertenecía—, su obra fue creciendo en densidad y evolucionando sin perderle la pista desde Sevilla a la mejor poesía española y universal de cada etapa. Hoy como ayer, como un aviso, un presentimiento o un hálito de eternidad, si se tiene buen olfato,

*huele a albahaca el papel  
y a dompedro sevillano  
cuando remueve la mano  
un libro de Rafael.<sup>1</sup>*

Voy a tratar en este discurso de un tema de múltiples derivaciones y que nunca se agotará: el legado de Grecia y Roma en la historia de la poesía de Sevilla.

Ya el sello y el lema de nuestra Academia están vinculados a culturas remotísimas. El nombre de Minerva y el del árbol que le estaba consagrado: el olivo, símbolo de la prosperidad en el Génesis y en Isaías. Minerva, la virgen Atenea de los griegos, la sabia «diosa de los ojos garzos». Pero no se olvide que Minerva, aun siendo protectora de la paz, tenía por atributos la lanza, el casco y la égida. Y un animal preferido, la lechuza, presente no sólo en el sistema jeroglífico egipcio, sino en el simbolismo cristiano. Por ejemplo, en algunos cuadros de la Crucifixión de Cristo o en ciertas representaciones de san Jerónimo.

Dijo Xavier Zubiri: «no es que los griegos sean nuestros clásicos: es que, en cierto modo, los griegos somos nosotros». Veamos. En la primavera de 1979 se celebró en Florencia,

1. Gerardo Diego: *El jándato*, 1964.

en el Palacio Medici Riccardi, el Convenio Internacional de Estudios bajo el tema *Los griegos, nuestros contemporáneos*. «Afirmar que los griegos son nuestros contemporáneos quiere decir entrar en la historia con las gentes de hoy y preguntarse sobre Edipo, Antígona o Prometeo desde las angustias de nuestro presente»<sup>2</sup>. Está más que demostrado que «nuestro mundo moderno es, en muchos aspectos, una continuación del mundo de Grecia y Roma. En la mayor parte de nuestras actividades intelectuales y espirituales somos nietos de los romanos y biznietos de los griegos»<sup>3</sup>. Hay síntomas suficientes que nos conducen a estimar que hoy Heráclito es más actual que en su tiempo.

La permanencia de los gustos humanistas y la profunda sugestión por la antigüedad clásica llevaron el nombre de Horacio a la denominación de una academia en Sevilla. Y así nació, en 1788, la Academia Horaciana, por entenderse que, entre los maestros antiguos, fue Horacio el más firme guía y el mejor espejo para la posteridad. Dicha institución se convertiría luego en la de Letras Humanas, que también es una denominación bastante palmaria.

Este discurso se alargaría hasta confines insospechados si me pusiera a analizar aquí las raíces grecolatinas que tantos miembros de esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras —en la que nunca faltaron, ni faltan, horacianos y humanistas— han venido alimentando desde la fundación de la misma hasta el presente, y baste citar un interesante opúsculo del profesor Gutiérrez-Alviz sobre los Gracos<sup>4</sup>.

Antes de seguir adelante quiero dejar bien diáfano que no estoy hablando de algo muerto, sino de algo muy nutritivo para la inteligencia y el espíritu y que ayuda a comprender el mundo —no ancho, sino estrecho y ajeno— que nos rodea y, sobre todo, a soportarlo.

En la Sevilla donde residía Micer Francisco Imperial, encontramos a un caballero veinticuatro llamado Gonzalo Martínez de Medina, que es el primer poeta satírico hispalense

2. Diario *Informaciones*, 21-5-1979.

3. Gilbert Highet: *La tradición clásica*, 1954.

4. Universidad de Granada, 1945.

del que yo tengo noticias. Fue un Juvenal a la sevillana, como Baltasar del Alcázar fue el Marcial sevillano, según dijo Ortiz de Zúñiga. Un Marcial sevillano cuya escuela continuaron Juan de Salinas y Pedro de Quirós.

Año de 1513. En Sevilla aparece la primera traducción castellana de *La metamorfosis o el Asno de Oro*, de Apuleyo, hecha por el arcediano Diego López de Cortegana, que iba a orientar de manera decisiva las fruiciones mitológicas de los poetas sevillanos de entonces. Esta traducción —y concretamente la fábula de Psique recogida en la obra— ejercería una fecunda y poderosa influencia en Mal Lara, Cetina, Herrera...

Del esclarecido ingenio de Juan de Mal Lara —al que Juan de la Cueva llamó «Menandro bético»— habría bastante que decir. Allá por la Alameda de Hércules creó una escuela de Gramática y Humanidades, por la que desfilaron grandes personajes, de los cuales el más perdurable resultó ser Fernando de Herrera. Entre sus discípulos se contaba incluso «todo el Arzobispado», escribió Rodrigo Caro. La obra en verso más ambiciosa que conocemos de Mal Lara (habiéndose perdido la titulada *Los trabajos de Hércules*) es *La Psique*, un larguísimo poema de fatigosa lectura. En Mal Lara hay demasiada «redundante palabrería», como sentenció Menéndez Pelayo. A veces —las menos—, cuando el modelo que sigue es sobrio no se desborda. Es encantadora esta versión de un epigrama de Marcial, que saco de un tomo de la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneira, a la que Juan Ramón Jiménez llamaba, sarcásticamente, «depósito de cadáveres»:

*Donde sus siete maridos  
Cloe tiene sepultados,  
Para mostrar cuán amados  
Le fueron y cuán queridos,  
Ha mandado allí escribir  
Que ella les dio sepultura,  
Y escribió la verdad pura;  
Que ella los hizo morir.*

Diego Girón, ilustre retórico y poeta, traductor de Esopo del griego al latín, reemplazó a su maestro Mal Lara en la célebre academia.

A uno de los más aventajados alumnos de Mal Lara le dirían «El Griego». Se trata de Francisco Medina, elogiadísimo por Cervantes en una octava del *Canto a Calíope*, hasta el extremo de situar «la ciencia alta y divina» del poeta y humanista sevillano por encima de «los ríos de elocuencia» de Cicerón y Demóstenes.

Otro discípulo de Mal Lara —y también de «El Brocense»— fue el poeta y humanista Juan de Guzmán, notable traductor de Virgilio y del que Lope escribe en *Laurel de Apolo*

*...que no fue de los cielos sin auxilio  
que naciese otra vez Guzmán Virgilio  
en la sagrada Roma,  
de donde el nombre y la influencia toma...*

En este inventario de la corriente de valores del legado grecolatino, sobresale Juan de la Cueva, que en 1588 editó en su ciudad natal, Sevilla, una colección de diez libros —el primero dedicado a Apolo y los siguientes, a cada una de las nueve musas—, bajo el título *Coro Febeo de romances historiales*. Tres años antes (en 1585, cuando Cervantes publica *La Galatea*, nace Diego Jiménez de Enciso y muere el príncipe de los poetas franceses Pierre de Ronsard, imitador de Píndaro), escribe Cuevas su *Viaje de Sannio*, donde se autorretrata así:

*Y he traducido a Marcial gracioso;  
todas las obras del divino Horacio  
he vuelto a mi vulgar, y al armonioso  
y süave Tibulo, y a Propercio,  
al libre Juvenal y oscuro Persio.*

Pero otros autores de la antigüedad clásica ejercerían también su influencia en Juan de la Cueva: Plauto, Terencio, Virgilio, Ovidio, Tito Livio incluso.

Si a Mal Lara le decían el Menandro bético, a Diego Jiménez de Enciso, poeta de lenguaje sobrio y de naturaleza enfermiza y carácter retraído, le decían el «Terencio sevillano». Lope y Cervantes lo celebran.

No regatea tampoco elogios Cervantes a Cristóbal Mosquera de Figueroa, del que, pasados cuatro siglos, escribió José María de Cossío lamentándose «que aún no se hayan publicado sus poesías, que andan reunidas en un códice autógrafa que he tenido la fortuna de poder disfrutar, gracias a la amabilidad de su afortunado poseedor»<sup>5</sup>.

Quizá sea todavía más triste el caso de Luis Jerónimo de Sevilla, traductor de Persio y también poeta, pero cuyos versos no llegaron a sobrevivirle. O Pedro Melgarejo, poeta latino que no publicó nada y que obtuvo una mitra por su elocuencia. O Juan de Meztanza, inédito para la posteridad, al que Cervantes dedica grandes alabanzas en su *Viaje al Parnaso* y en *La Galatea*.

Fue Gabriel Álvarez de Toledo quien, al final de su vida, no quiso dejar rastro de su obra lírica y se puso a quemar sus poesías, pero sin conseguir destruirlas todas. He aquí —y permitidme la dolorosa ironía— un antecedente de la decisión, no puesta globalmente en práctica, de un gran poeta de nuestros días, Blas de Otero, que escribió esto tan patético:

*Aquí tenéis, en canto y alma, al hombre  
aquel que amó, vivió, murió por dentro  
y un buen día bajó a la calle: entonces  
comprendió: y rompió todos sus versos.*

No podemos relegar al olvido a Juan Bermúdez Alfaro, «el primer poeta sevillano que al dejarse influir por el culteranismo gongorino adopta como forma literaria la del poema mitológico»<sup>6</sup>. Parafraseando en parte a Ovidio escribe un larguísimo poema sobre el mito de Narciso, dividido en tres partes y con un total de trescientas octavas reales.

El caso de precocidad creadora más asombroso lo encar-

5. José María de Cossío: *Fábulas mitológicas en España*, 1952.

6. *Ibidem*.

na un poeta de alto linaje, que heredó el título de marqués de Tarifa. Me refiero a Fernando Afán de Ribera Enríquez, que ya traducía a Marcial a los diez años, y a los diecisiete (es decir, en 1631, dos años antes de su muerte en Palermo) publicó en Nápoles su ovidiana *Fábula de Mirra*, un ingenioso ejercicio retórico que revelaba la sensibilidad y sólida formación de un jovencísimo poeta. Truncado pimpollo y deshecho jardín.

Y ya que hablo de precocidad y de talentos malogrados, debo recordar al filósofo Sebastián Fox Morcillo —ahogado en el Mar del Norte viajando hacia Sevilla, a poco de cumplir los treinta años—, que nos legó obras de envergadura en torno a Cicerón, Platón y Aristóteles, principalmente.

Sevilla, Atenas española en la Edad de Oro, cuando don Juan de Arguijo era llamado «Píndaro ilustre» por Juan de la Cueva, y «Apolo de todos los poetas de España» por Rodrigo Caro, y «Mecenas claro» y «divino Orfeo» por Lope de Vega...

La obra de Arguijo es muy corta. No llegan a ochenta los poemas que de él se conocen, de los que la gran mayoría son sonetos. Arguijo es uno de los mejores sonetistas en una época donde los hay muy grandes. Se propuso escribir un centenar de sonetos en torno a temas de la antigüedad clásica, pero no llegó a la meta fijada. «Escoge sus asuntos entre la balumba mitológica y de la historia antigua. Las *Metamorfosis* de Ovidio —Icaro, Narciso, Píramo, Faetón—, el mundo homérico —Troya, Dido y Eneas, Ulises— y la historia de Roma —Julio César, Cicerón, Mucio Scévola— son la cantera de donde extrae el mármol para grabar sus sonetos lapidarios»<sup>7</sup>.

De Fernando de Herrera escribió su amigo Francisco Pacheco que «El Divino» había leído con particular atención todo lo que la antigüedad romana y griega nos dejó en sus más corregidos ejemplares. Esto se trasluce en sus poesías, principalmente por las alusiones mitológicas que encierra.

Gutierre de Cetina también revela en su obra un sólido

7. Alberto Sánchez: *Poesía sevillana en la Edad de Oro*, 1948.

conocimiento donde se funden el creador y el traductor. Puso en verso castellano algunas epístolas de las *Heroidas*, de Ovidio, que en las postrimerías del xvi tradujo íntegramente otro poeta sevillano, Diego de Mejía, versión que se estuvo editando hasta hace pocos años.

Una de las cumbres de nuestra poesía está en Francisco de Medrano, el más horaciano de los poetas. Y en dos sentidos: por su vida y por su obra. Cerca de las ruinas de Itálica —a las que cantó en un soneto, como también lo harían Pedro de Quirós y Francisco de Rioja— tenía el refugio de la heredad de Mirarbueno, como Horacio tenía el de la Sabina. Dámaso Alonso evoca así a Medrano, sobre quien versó en su discurso de ingreso en la Academia que hoy dirige: «Medrano, su Mirarbueno; Horacio, su finca de la Sabina. Uno y otro, el placer de comer *los frutos no comprados*. Y le era dulce al poeta establecer mentalmente este paralelo, porque (...) lo más y mejor del arte de Medrano es imitación del poeta latino, pero no es imitación arqueológica, en que la poesía del modelo, pasando a través del imitador, permanece externa a éste, alejada de éste. Es imitación que atrae el arte y la vida de Horacio a la propia vida del discípulo. Pero para ello hay que moldear a veces la materia poética que se imita, de modo que pueda entrar en las nuevas hormas; pero ¡cuánto de la vida del poeta del siglo xvii se siente atraído también hacia la de su dechado!»

Y no sólo se trata del poeta más horaciano, sino del más *latino*, pues —como dijo Menéndez Pelayo en ese maravilloso hontanar que es su *Horacio en España*— ningún otro poeta es «más sobrio y ceñido, ninguno ha remedado mejor la marcha de los períodos rítmicos del original, ninguno se acerca tanto a su modelo en el arte de *no perder* las palabras. A veces lucha en gimnasia de concisión con la lengua madre, y no siempre queda vencido».

La tradición estoica se sublima en la *Epístola Moral a Fabio*. Su autor se haya inmerso en la filosofía estoica y sobre todo influido por Séneca<sup>8</sup>. El capitán Andrés Fernán-

8. Dámaso Alonso: *La «Epístola Moral a Fabio», de Andrés Fernández de Andrada*, 1978.



dez de Andrada es uno de los espíritus más admirables de nuestra poesía y nos sigue acompañando con su palabra viva y su mensaje impercedero.

En Rodrigo Caro —hombre de inmensa cultura clásica— «pronto la poesía fue sustituida por la erudición, que iba a invadirlo todo». Su *Canción a las ruinas de Itálica*, escrita a los veintidós años y refundida varias veces (se conocen cinco redacciones del poema, cuatro de ellas autógrafas), le convirtió en poeta. Un poeta de cortísimo trato con las musas, pues los libros, que él tanto amaba, aunque potenciaron y enriquecieron sus facultades humanísticas, «tuvieron por consecuencia la de aniquilar su poder creador»<sup>9</sup>.

Otro miembro del Parnaso hispalense, epígono de Herrera con inclinaciones horacianas y retomados temas de la época —*Carpe diem* y *Ubi sunt?*—, fue «el Licenciado Rioja, gran latino y griego», como le llamó el Fénix.

El mismo año que Rioja —1583—, nace Jáuregui, el autor de *Orfeo*, poema mitológico como su título indica, cuyo antecedente está en las *Metamorfosis*, de Ovidio. Al morir don Juan de Jáuregui —«en la mano / de Apolo el arco y el pincel de Apeles», lo saludó Lope en *La Filomena*—, dejó inédita la traducción de *La Farsalia*, estimada por unos como la mejor de las versiones de la obra de Lucano y, por otros, como una paráfrasis ampulosa e indigesta, constantemente infiel al original latino<sup>10</sup>. Lo cierto es que la versión culterana de Jáuregui, publicada en 1644, se ha estado imprimiendo a lo largo de tres siglos, concretamente hasta 1947<sup>11</sup>.

No podemos omitir el nombre de Rodrigo Fernández de Ribera, que se miró en el espejo de Apuleyo para escribir *La Asinaria*.

En la Edad de Oro florecieron en Sevilla poetisas como doña Catalina de Rivera, que hablaba griego y latín con la perfección de su idioma nativo. Otra amiga de Apolo y las

9. Jean-Pierre Etievre, en la Introducción a *Días geniales o lúdicos*, de Rodrigo Caro, 1978.

10. Víctor José Herrero, en la Introducción a *La Farsalia*, 1967.

11. M. Aguilar, editor. Col. Crisol, núm. 210.

Musas fue doña Elena de la Cerda, que al enviudar formó una tertulia literaria en su casa, en la que se solía dialogar en torno a temas como quién tenía razón, si Demócrito o Heráclito, asunto sobre el que se acordó convocar nada menos que un certamen para dilucidar el problema con opiniones versificadas.

«También hubo curiosidad por las Matemáticas griegas entre los estudiosos de entonces. Así, Rodrigo Zamorano, astrólogo, matemático y catedrático de Cosmografía en la Casa de Contratación de Sevilla, publicó (en 1576) una traducción castellana de *Los seis primeros libros de la Geometría de Euclides*»<sup>12</sup>.

No se aletarga el espíritu de la cultura grecolatina en la obra de los poetas del XVIII. Lo que sucede es que pierde en densidad y en calidad, como si los llamados a sostenerlo llevaran plomo en las alas que impidiera altos vuelos. No había grandes poetas en la Sevilla, en la España del XVIII. Todos padecían del mismo mal, y que no era el único: la afectación. «Blanco, latinizándose el apellido para transmutarlo después en nombre pastoril, pasó a ser *Albino*; Reinoso, de su nombre de pila Félix, sacó el *Fileno*; Lista, de Alberto se volvió *Anfriso*, y con este nombre tomó el supuesto oficio de pescador, aunque hubo también de ser *Licio*, por su apellido...»<sup>13</sup>.

Tres academias de Sevilla —la de Buenas Letras, la Horaciana y la de Letras Humanas— se esforzaron en desempeñar un papel reformador y restaurador en medio de la indiferencia pública, que sólo tenía oídos para copleros baratos. Recordaba José Blanco White que en su juventud se miraba como cosa ridícula el atreverse a publicar obras *dictadas por el buen gusto*, y que una *Academia de Poesía* que se trató de establecer en Sevilla, en la biblioteca pública de San Acacio, «dio motivo de diversión y burla a la ciudad entera, y atrajo bandadas de estudiantes que con

12. José López Rueda: *Helenistas españoles del siglo XVI*, 1973.

13. Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXI, 1952.

silbos y alborotos impedían la lectura, y aun seguían a los académicos por la calle con insultos»<sup>14</sup>.

Sin duda el poeta más representativo del legado mitológico de Grecia y Roma en el XVIII es José María Vaca de Guzmán y Manrique de Lara, cuya obra resulta abrumadora y constituye de cara al lector un gran monumento al tedio.

Tampoco carece de significación Manuel María de Arjona, autor del poema «lírico-didáctico» (como él lo llama) titulado *Las ruinas de Roma*; de un soneto *A Cicerón*; de sátiras como la dedicada *A Forner*; de elegías como la de *A Nise*. Alberto Lista, que cantó *A Demóstenes* y a *Las ruinas de Sagunto*. Félix José Reinoso, que cultivó la poesía de estirpe anacreóntica en su juventud. Francisco de Paula Núñez y Díaz, que escribió, entre otras odas, una a *Las ruinas de Itálica*. Blanco White, con su oda *A Apolo pidiéndole restablezca sus altares en Sevilla*. José María Roldán, etc.

Sobresalen por entonces dos personajes dispares: uno ortodoxo y otro heterodoxo. El primero, Agustín Muñoz Alvarez, gran humanista, fue miembro de esta Real Academia. Tradujo y anotó el libro de Sexto Aurelio Víctor, *De los varones ilustres romanos*<sup>15</sup>. Espíritu contradictorio al suyo fue el del Abate José Marchena, quien muy joven, a los veintitrés años, tradujo *De rerum natura*, de Lucrecio. Tan a la perfección llegó a dominar el latín, que escribió un fragmento apócrifo del *Satiricón*, de Petronio, y fue aceptado como auténtico, lo cual le animó a componer cuarenta versos, atribuyéndoselos a Catulo y fingiendo que los descubrió en un papiro de Herculano.

Del siglo decimonónico hay poco que decir en cuanto a poetas se refiere. Salvo Gabriel García de Tassara —que en Grecia hubiera sido Tirteo, no Anacreonte, y en Roma, Juvenal, no Horacio<sup>16</sup>—, creo que ningún poeta destaca lo suficiente para ser tomado en consideración conforme al planteamiento y a la índole de este discurso. Pero aprecie-

14. *Ibidem*.

15. Quinta edición, Sevilla, 1821.

16. Méndez Bejarano: *Tassara: Nueva biografía*, 1928.

mos que «han de ser poetas nada especializados en estudios humanísticos quienes traduzcan autores latinos, y con acierto negado muchas veces a los más doctos estudiosos»<sup>17</sup>. Por ejemplo, el ya citado Tassara, «valentísimo traductor de algunas odas de Horacio».

Hay que mencionar, sin embargo, a varios humanistas, como José del Castillo y Ayensa, descendiente de Elio Antonio de Nebrija y traductor de Safo, Tirteo y Anacreonte. Manuel José Justiniano y López de Gamarra, censor que fue de esta Academia, al que se debe una *Historia de Grecia*. Manuel María Sotelo, que escribió unas *Observaciones utilísimas para la traducción de clásicos latinos*. Y volviendo a las traducciones, no pueden olvidarse las que realizaron de las *Eglogas* de Virgilio y de su *Eneida*, respectivamente, otros dos académicos numerarios de esta Corporación: Manuel Ruiz Crespo y Luis Herrera y Robles. Ni las traducciones de clásicos realizadas en prosa y verso por Francisco de Sales Franco y Lozano, sobre todo las de algunas piezas poéticas de Publio Papinio Estacio.

Sería imperdonable que me olvidara de don Manuel Pérez de Guzmán y Boza —marqués de Jerez de los Caballeros—, sin cuyo mecenazgo no se hubieran publicado muchas joyas mayores y menores de un casi secreto acervo bibliográfico. Ay, si en la cultura española actual hubiera personajes tan generosos y entendidos como él. Por ejemplo, en 1887 imprimió los ochenta sonetos que componen el poema de las *Soliadas*, de Diego Félix de Quijada y Riquelme, un amigo íntimo de Lope de Vega y el último poeta sevillano —y español— que se interesa por el mito de Faetón<sup>18</sup>.

A mi juicio, la obra más sobresaliente del XIX sevillano, por sus vinculaciones con la antigüedad clásica, es un rarísimo y feroz libro que lleva por título *Apología de los asnos, compuesta en renglones así como versos por un asnólogo aprendiz de poeta*<sup>19</sup>. En cierto sentido yo creo que

17. José María de Cossío: *Cincuenta años de poesía española (1850-1900)*, 1960.

18. Antonio Gallego Morell: *El mito de Faetón en la literatura española*, 1961.

19. Segunda edición, Sevilla, 1878. Según Palau, el autor del libro es Manuel Lozano Pérez-Ramejo.

este libro le debe más al que escribió sobre el asno Anselmo Turmeda —un fraile mallorquín del Renacimiento que cayó en la apostasía— que al celeberrimo de Apuleyo. La *Apología de los asnos* es una larga sática anónima en verso, cuyo autor —que revela una asombrosa erudición y tanto talento como mordacidad— oculta su nombre bajo la máscara de «un asnólogo aprendiz de poeta», llamando a Sevilla «Asnópolis». «Te presento una obra —declara su autor al vulgo— de la mayor instrucción con la mira de que no desprecies al asno, tu semejante; de que le trates mejor; de que le consideres como a compañero, cuyas propiedades estoy seguro de que envidiarás, si las conocieras, y que ganarías mucho en imitar...». Esta especie de extensa fábula variopinta me recuerda un poema de un gran poeta español actual, Angel González, que en su poemario *Grado elemental*<sup>20</sup> invierte los términos convencionales de la moraleja y en vez de «aleccionar al hombre con historias / a cargo de animales de voz docta», considera, en el colmo del sarcasmo, que el hombre puede aportar «algún matiz de la conducta humana al animal». Y escribe:

*Ya nuestra sociedad está madura,  
ya el hombre dejó atrás la adolescencia  
y en su vejez occidental bien puede  
servir de ejemplo al perro  
para que el perro sea  
más perro,  
y el zorro más traidor,  
y el león más feroz y sanguinario,  
y el asno como dicen que es el asno...*

Resumiendo: en el siglo pasado —el siglo «que más se ha escuchado a sí mismo», en opinión de Machado por boca de Juan de Mairena—, es en los humanistas, no en los poetas, donde pervive la llama y la palpitación de aquellos mundos llenos de respuestas para nuestra vida.

20. París, 1962.

Y ya que cito a Antonio Machado, valga recordar sus referencias mitológicas de signo modernista. «Sólo en un par de ocasiones —advierte el profesor José S. Lasso de la Vega— la alusión deja de ser meramente referencial para convertirse en temática». Curiosamente, don Antonio —atraído desde la niñez por los héroes de la *Iliada* y por los estudios del griego en la madurez—, «fuera de los contextos de influjo modernista, apenas hace uso de la temática o simbología clásica»<sup>21</sup>.

Al final de la segunda década del presente siglo (es decir, en 1918), comienza a publicarse en Sevilla una revista literaria llamada a desempeñar un papel importante. Su nombre: *Grecia*. «El helenismo de su título —como ha escrito el máximo historiador de las literaturas de vanguardia, Guillermo de Torre<sup>22</sup>— era un producto de segunda mano —o de tercera—, puesto que procedía del helenismo galicano de Rubén Darío. Prueba de ello son los versos que ornaban su cabecera, bajo cuatro cariátides oferentes o doncellas con túnica portando un ánfora sobre su hombro izquierdo; a uno y otro lado, dos arbustos y más abajo los capiteles de unas columnas jónicas». Más adelante, la cubierta varía y aparece con la viñeta de un ánfora griega. Pero, dado el carácter de la revista, resultaba el de *Grecia* un «nombre incongruente con el voluntario desequilibrio antihelénico del ultraísmo».

En 1928, dos años después de aparecer el primero de sus libros y dos años antes de su muerte, publica Fernando Villalón *La Toriada*, donde alcanza su más alta cumbre «el tratamiento mítico del tema táurico pretendido en las primeras composiciones de *Andalucía la baja*»<sup>23</sup>.

Sin ningún género de dudas, el humanista sevillano más importante de este siglo es Miguel Romero Martínez. Fue un gran bibliófilo. (Lástima que su biblioteca fuera vendida a una universidad norteamericana.) Escribió poesías, artículos, ensayos... Admirable traductor, publicó libros muy

21. *Helenismo y literatura contemporánea*, 1967.

22. *Historia de las literaturas de vanguardia*, 1965.

23. José María de Cossío, en el prólogo a las *Poesías* de Fernando Villalón, 1944.

diversos. Hay que hacer justicia a este ilustre habitante del olvido, rescatando joyas tan raras y dignas de aprecio como su versión de los *Epigramas eróticos* de Marcial<sup>24</sup>, o su interpretación lírica de las *Odas* de Horacio<sup>25</sup>. No hace mucho, me llevé la grata sorpresa de encontrar una edición facsímil de su *Museo de Nápoles*<sup>26</sup>.

Otro gran poeta que no podemos subestimar —aunque se le subestime— es Adriano del Valle. Si su homónimo el emperador nació en Itálica, él nació en la calle de las Serpes, y andando el tiempo lo llegaría a pintar al óleo Daniel Vázquez Díaz, vestido de emperador romano. Y qué bien le sentaba esta indumentaria al orondo y noble autor de la *Elegía de Tiberio*. Adriano del Valle —escribió Juan de Dios Ruiz-Copete— «se sintió siempre tan romano que muchos de sus comentarios y expresiones ultraístas publicados en la revista *Grecia* lo fueron con el seudónimo de «Adrianus». De su aspecto físico y de su carácter, Pedro Mourlane dijo que «tenía cabeza de senador romano... antes que de la Roma cesárea de la Roma papal. No tenía, pues, sólo el nombre de uno de sus emperadores, sino también la cabeza, el carácter y más aún —agregaríamos nosotros— la gracia laberíntica, el hipérbaton de la sintaxis latina»<sup>27</sup>.

Nos llevaría muy lejos adentrarnos en estos momentos por la obra de Vicente Aleixandre, del que no se acordó Sevilla hasta que le dieron el Premio Nobel, que desde ese día lo hizo hijo amadísimo suyo. Se ha escrito mucho de su concepto de amor-destrucción y de su pantcismo. Aleixandre conoce bien a los presocráticos y esas huellas se traslucen en su poesía.

El espíritu helénico de Luis Cernuda se refleja con sostenido deslumbramiento en buena parte de la vida y la obra del poeta. El recuerda que estando en París (desde julio a septiembre de 1936) compró una edición bilingüe de la *Antología Griega*, que le produjo un gran estímulo.

24. Valencia, sin año (1912).

25. Sevilla, Agrupación Editora de Amigos de Horacio, 1950.

26. Madrid, 1977.

27. *Poetas de Sevilla*, 1971.

Luego, ya establecido en México, leyó un libro que le introdujo en los presocráticos. Y refiere: «Aquel mundo remoto de Grecia, tan cercano a nosotros al mismo tiempo, me atrajo en no pocas ocasiones de mi vida, sintiendo la nostalgia que otros poetas, mejor enterados de él que yo, expresaron en sus obras». Evoca Cernuda los años de su niñez en Sevilla, cuando cayó en sus manos un manual de mitología griega. En *Ocnos* confiesa lo que este hallazgo supuso para él: «Aquellas páginas te revelaron un mundo donde la poesía, vivificándolo como la llama al leño, trasmataba lo real. (...) Que tú no comprendieras entonces la casualidad profunda que une ciertos mitos con ciertas formas intemporales de la vida, poco importa: cualquier aspiración que haya en ti hacia la poesía, aquellos mitos helénicos fueron quienes la provocaron y orientaron».

Iba a poner punto final a este discurso cuando observé que en el Boletín de esta Real Academia del año 1975 se publicaba —acaso por última vez— un poema de Rafael Laffón, «curioso original, posiblemente la más remota creación del poeta», que, «pese a las autoeliminaciones sufridas a través de los años por su obra», llegó a ser salvado. Es un poema de corte modernista, con un enorme bagaje mitológico, que a mí me sorprendió bastante por lo que enlaza con la tradición humanística. Parece como si se lo hubiera dictado un poeta anacreóntico a través del mismísimo Rubén Darío:

*Hoy que llega Pomona de frutos coronada  
y Ceres ha enjoyado su tálamo de espigas,  
cantemos a la vida, prolífica y sagrada,  
en versos que se enlacen cual dos manos amigas.*

(...)

*La cincelada copa con delicia apuremos  
en el ara de todos los más nobles placeres.  
Entre las sutilezas del jardín de Academos,  
un libro y un amigo, y las sabias mujeres...*

Hoy sigue manando —y con más fuerza cada día en los



jóvenes poetas— la fuente de aquel milagro mediterráneo que se llamó Grecia, que se llamó Roma. Basta asomarse al horizonte de la nueva poesía española para darse cuenta que «ni el pasado ha muerto, / ni está el mañana —ni el ayer— escrito».

Señores académicos: He aquí, apenas esbozado, un pálido apunte de ese universo grecolatino en la historia de la lírica hispalense. En ese fuego sagrado el hombre busca respuestas y soluciones a muchos interrogantes y dudas del grave y angustioso presente. Porque, señores académicos, «el hombre cambia y progresa a lo largo de los tiempos, pero, esencialmente, sus problemas de fondo siguen siendo los mismos»<sup>28</sup>.

Que el olivo de Minerva continúe dando sus frutos a la cultura desde esta Real Academia, cuyo sello es de buena premonición. «Cuando Atenas llegó a ser una talasocracia (o imperio marítimo), las naves áticas que iban a fundar nuevas ciudades y emporios llevaban en la proa un gran vástago de olivo». Ya lo dijo Ramón Pérez de Ayala<sup>29</sup> al elogiar el árbol sagrado de la Acrópolis. Gracias al olivo se engendró la cultura helénica. Yo, señores académicos, al ser recibido hoy en esta bicentenaria Corporación, sueño en merecer los dones olivíferos que heredamos y, como en aquel soneto de Miguel Hernández,

*sonreír con la alegre tristeza del olivo,  
esperar, no cansarse de esperar la alegría.  
Sonriamos, doremos la luz de cada día  
en esta alegre y triste vanidad de ser vivo.*

28. Antonio Colinas: *Astrolabio*, 1979.

29. *Fábulas y ciudades*, 1961.